

Demetrio Boersner

Dimensión internacional de la crisis venezolana

En el año 1999 se produjo en Venezuela un acontecimiento que, sin duda, constituye un hito en la historia contemporánea del país. Luego de cuarenta años de un régimen democrático, al final incapaz de responder a los retos sociales, ascendió al poder un régimen nuevo, electo sobre la base de promesas de cambio hacia una mayor equidad social y hacia una política exterior más auténticamente soberana y vinculada a la defensa de los intereses populares.

La tesis que defendemos en esta ponencia es la de que el régimen autocalificado de revolucionario, que dirige a la nación desde hace cinco años, ha mostrado en sus relaciones con el mundo exterior una profunda contradicción entre su discurso teórico y su ejecutoria práctica. El discurso es de contenido autonomista y solidario, en términos acordes con los intereses históricos de un país en vías de desarrollo y que marcaría la continuación de pasadas iniciativas de corte democrático y defensoras de la identidad nacional. La actuación práctica del régimen, empero, ha constituido frecuentemente una negación de los principios del discurso oficial, y está conduciendo a los venezolanos hacia un creciente aislamiento y debilitamiento dentro de la comunidad internacional.

Utilizaremos el método del historiador de las relaciones internacionales contemporáneas, y dividiremos nuestro trabajo en cuatro secciones: 1) La herencia diplomática del pasado; 2) el anuncio de una política exterior nueva; 3) tres años de ofensiva diplomática; 4) dos años de “repliegue agresivo”.

1. La herencia diplomática del pasado

Predispuesta por su localización y configuración geográfica a ser un país abierto a contactos e intercambios con el mundo exterior, Venezuela fue durante su era prehispánica una tierra de migraciones y de encuentro y mezcla de culturas (Strauss K. 1993).

Durante su época colonial, junto con la formación de una identidad criolla (afectada internamente por conflictos entre clases y castas), Venezuela vivió la continuación de contactos con el mundo exterior a través del Mar Caribe, esta vez con las potencias nuevas deseosas de romper el monopolio colonial español. Junto con el contrabando de mercancías, los venezolanos practicaron la importación clandestina de ideas revolucionarias que contribuyeron a hacer de ellos un pueblo pionero de la emancipación latinoamericana (Salcedo-Bastardo 1977: 165, 184-197).

La Revolución Independentista de 1810 a 1825 transitoriamente elevó al pueblo venezolano a una condición histórica de excepción y sembró en su subconsciente colectivo una semilla de mesianismo latinoamericanista muy identificado con el recuerdo y la veneración de la extraordinaria figura histórica del Libertador Simón Bolívar (Salcedo-Bastardo 1977: 213-321; Toro Hardy 1993: 276).

En contraste con aquella hora estelar, el largo período de la República de los caudillos (1830-1935) significó la recaída del país en la dependencia y el desprecio. La revolución emancipadora no había cambiado las estructuras de la sociedad colonial, y no había generado ninguna burguesía nacional emprendedora y dinámica. Ese factor aunado a otros, tales como las luchas civiles, el endeudamiento y la torpeza diplomática, hicieron que Venezuela pasara de la dominación colonial clásica por España a una dependencia neocolonial ante las potencias anglosajonas (Salcedo-Bastardo 1977: 323-470).

Muerto el último caudillo tradicional y efectuada la transición de una economía agraria a otra petrolera, Venezuela entró desde 1936 en la era moderna de su historia. Ello conllevó la ampliación y la paulatina profesionalización de su política exterior. Durante la Segunda Guerra Mundial, su importancia estratégica como país petrolero le permitió incrementar su soberanía en el trato con la comunidad internacional. El conflicto mundial favoreció, además, su desarrollo socioeconómico y su concientización política, y abrió el camino a iniciativas autonomistas y de protagonismo democrático en los años de posguerra (Calvani 1979: 445-457).

Luego de la década dictatorial (1948-1958) que significó un retroceso pasajero hacia una política exterior conformista, marcada por la Guerra Fría, se estableció el régimen democrático que durante cuarenta años orientó un importante proceso de modernización nacional.

Durante estas cuatro décadas se renovó la diplomacia venezolana y, aunque no se alcanzó la meta de crear una verdadera política exterior de Estado, independiente de los cambios de gobierno (Toro Hardy 1993: 253), sí se establecieron ciertos grandes objetivos internacionales, implícitamente reconocidos por todos los bandos políticos. Estos objetivos eran: a) la promoción y defensa internacional de la **democracia**, b) la búsqueda de una creciente **autonomía** del país en el escenario político y económico regional y mundial, en solidaridad con América Latina y el llamado Tercer Mundo, y c) la **seguridad** e integridad del territorio nacional.

Durante los años 1958-1968, se enfatizó particularmente el objetivo de defender y fortalecer la democracia a nivel regional y hemisférico, con el fin de crear una base de legitimación y sustentación internacional para nuestro sistema democrático interno, todavía frágil y cuestionado desde posiciones de extrema derecha y de extrema izquierda.

De 1969 a 1978, los esfuerzos por alcanzar una mayor autonomía y soberanía efectivas, en alianza y cooperación con los hermanos pueblos latinoamericanos y del Caribe y con los países en vías de desarrollo a escala mundial, tuvieron prioridad resaltante en la política exterior venezolana. Internamente, el sistema democrático estaba consolidado y por ello era posible una actuación externa más audaz.

Del año 1979 en adelante se entró en una etapa de marchas y contramarchas, con diversos cambios del orden de prioridades diplomáticas. Ello reflejaba el hecho de que Venezuela, junto con toda la región latinoamericana y caribeña, había entrado en la era de las dificultades: deuda externa, contracción económica, agravación de problemas sociales, parámetros neoconservadores predominantes en el mundo.

Cabe destacar el hecho, sin embargo, de que durante todos los cuarenta años de la democracia basada en la alternabilidad entre gobiernos socialdemócratas y demócrata-cristianos, ningún presidente ni canciller dejó de tener conciencia de la existencia de los tres grandes objetivos señalados, aunque por su parte diera preferencia a uno de ellos por encima de los demás. Es así que durante la primera etapa se dieron importantes avances en el terreno de la autonomía y soberanía económicas y sobre todo petroleras, no obstante la atención prioritaria dada al tema de la democracia. Asimismo, durante la etapa “autonomista” no se descuidó la promoción de la democracia a nivel interna-

cional. Y en todo momento, el tema de la seguridad y la integridad del territorio recibió la debida atención.

Entre los logros importantes de la democracia venezolana en sus relaciones con el mundo exterior entre los años 1958 y 1998, pueden señalarse los siguientes:

- Venezuela fue pionera en América de la lucha por el aislamiento de los regímenes autoritarios y la afirmación del carácter supranacional de los valores de la democracia y los derechos humanos.
- Venezuela fue protagonista de la estrategia reivindicativa de los países exportadores de petróleo a través de la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo) y las políticas de control y nacionalización de sus respectivas industrias de hidrocarburos.
- Venezuela desempeñó un papel destacado en la promoción, durante la década de los años setenta, del Diálogo Norte-Sur en búsqueda de un Nuevo Orden Económico Internacional (Calvani 1979: 457-511; Boersner 1982; 1983a: 163-187; 1983b: 397-415; 1983c: 91-105; 1984: 245-260; Toro Hardy 1993: 249-322).

2. El anuncio de una política exterior nueva

El presidente electo en diciembre de 1998 estuvo empeñado desde hacía años en lanzar una “revolución” en lugar de efectuar cambios reformistas en el régimen constitucional establecido. En conformidad con ello, negó cualquier posible continuidad entre la política de las cuatro décadas anteriores y la que en el futuro emprendería su propio equipo “revolucionario”, “patriótico” y “popular”.

En una publicación emitida por la Cancillería venezolana en los primeros meses de 1999, se afirma que la política exterior pasada no respondió a los intereses del pueblo venezolano sino que tuvo un carácter elitista y además vacilante. Ahora vendría la transición hacia una diplomacia nueva, eminentemente soberana y solidaria, extensión de la transformación de las estructuras internas del país en beneficio de los sectores populares (MRE, Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela 1999).

Con el fin de adecuar el servicio exterior venezolano a su nueva misión “revolucionaria”, el gobierno ordenó, en abril de 1999, un gigantesco movimiento de personal diplomático y consular del exterior hacia el servicio interno del despacho, junto con múltiples “remocio-

nes” definitivas (MRE Venezuela 1999). Esa operación, que teóricamente debía iniciar una rotación entre las ramas externa e interna del Servicio Exterior y que por dicha intención rotatoria fue bautizada con el nombre de “Galileo”, en la práctica resultó tener carácter de movimiento en un solo sentido: medio centenar de misiones diplomáticas quedaron acéfalas durante largo rato por el brusco traslado o remoción de sus respectivos jefes.

Sin embargo, la Constitución Bolivariana aprobada en diciembre de 1999, en sus artículos 152 y 153 de hecho ratifica, en lenguaje novedoso, las mismas bases de política exterior que se derivan de la Constitución de 1961 y de la praxis de los gobiernos democráticos de la etapa 1958-1998. La carta magna del 61 se había limitado a hacer referencia a la política exterior en su preámbulo, expresando que su propósito debe ser el de

cooperar con las demás naciones y, de modo especial, con las repúblicas hermanas del continente, en los fines de la comunidad internacional, sobre la base del recíproco respeto de las soberanías, la autodeterminación de los pueblos, la garantía universal de los derechos individuales y sociales de la persona humana, y el repudio de la guerra, de la conquista y del predominio económico como instrumento de política internacional (*Constitución de la República de Venezuela*, 1961: 4).

Posteriormente, los gobiernos democráticos en su ejercicio diplomático efectivo definieron en forma tácita los grandes objetivos de democracia, autonomía y seguridad arriba descritos y comentados. El nuevo texto “bolivariano” en el fondo se limita a reiterar esas tradiciones y realidades ya establecidas, al determinar que:

Art. 152.- Las relaciones internacionales de la República responden a los fines del Estado en función del ejercicio de la soberanía y de los intereses del pueblo; ellas se rigen por los principios de independencia, igualdad entre los Estados, libre determinación y no intervención en sus asuntos internos, solución pacífica de los conflictos internacionales, cooperación, respeto a los derechos humanos y solidaridad entre los pueblos en su lucha por su emancipación y el bienestar de la humanidad... Art. 153.- La República promoverá y favorecerá la integración latinoamericana y caribeña... (y) privilegiará relaciones con Iberoamérica... (*Constitución de la República Bolivariana de Venezuela*, 1999: 130).

3. 1999-2001: Tres años de ofensiva protagonista

Desde el comienzo de su ejercicio en febrero de 1999, los pronunciamientos del presidente Chávez y de su gobierno, así como sus princi-

pales iniciativas prácticas, tuvieron el objetivo fundamental de asignar a Venezuela un papel de protagonista de cambios radicales en la estructura del sistema internacional. Muchos de estos pronunciamientos e iniciativas suscitaron ciertos apoyos, pero también serias preocupaciones y resistencias en el mundo exterior, tanto en el plano regional como en el global.

3.1 Relaciones con Colombia y el área andina

Desde los comienzos del año 1999, el nuevo gobierno de Venezuela adoptó una posición en principio favorable a la renovación del ideal grancolombiano, y por ello inclinada a observar con gran interés la problemática interna de las hermanas repúblicas de Colombia y de Ecuador. Al mismo tiempo, su ideología revolucionaria lo impulsó a mirar con simpatía a las fuerzas de izquierda en el seno de dichos países. Esa simpatía hacia fuerzas que en el caso colombiano se encuentran en rebelión armada contra el gobierno legítimo, necesariamente tuvo que provocar roces entre Caracas y Bogotá.

Con motivo de una reunión entre representantes del Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Alto Comisionado por la Paz de Colombia, celebrada en territorio venezolano con el consentimiento del presidente Pastrana en el mes de febrero, el gobernante venezolano tuvo la ocurrencia de proclamar su “neutralidad” entre los dos bandos. Enojado, el mandatario colombiano suspendió la cumbre binacional que debía celebrarse en Ureña. En el mes de abril el presidente Chávez se ofreció como mediador entre el gobierno y las guerrillas colombianas, dando a entender que consideraba a esas dos entidades como dignas de igual consideración y reconocimiento (*El País*, 19.04.1999). En Colombia causó profundo desagrado la aparente simpatía del régimen venezolano hacia los rebeldes de extrema izquierda y hacia sus principales comandantes, en particular “Tirofijo” (Manuel Marulanda), jefe máximo de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Aunque la proyectada cumbre de Ureña terminó por efectuarse a comienzos de mayo y los presidentes Chávez y Pastrana emitieron una declaración aparentemente amistosa (*El Nacional*, 05.05.1999), muy pronto se produjeron nuevos malentendidos. El 26 de mayo en la Cumbre Andina de Cartagena, Chávez manifestó a Pastrana su anhelo de reunirse con Tirofijo, para que no hubiese “reu-

nión unilateral con ninguno de los actores” (*EN*, 27.05.1999). Aún más ofensiva para la sensibilidad del gobierno colombiano fue una nueva declaración de “neutralidad” (luego enmendada con el término más aceptable de “imparcialidad”) emitida por Hugo Chávez Frías el día 30 de mayo (*EN*, 31.05.1999).

(Es interesante destacar que este espíritu de imparcialidad no es compartido por influyentes elementos de la alta oficialidad militar venezolana. El 7 de septiembre de 1999, al asumir el mando de la Cuarta División Blindada del Ejército junto con el de la 42ª Brigada de Paracaidistas, el general Raúl Isaías Baduel (posteriormente considerado como el principal soporte castrense del presidente Chávez), declaró que “haré la guerra a las guerrillas colombianas bajo tres consignas: ‘negar, desarmar y defender’”, *EU*, 08.09.1999).

A esas disputas políticas colombo-venezolanas se agregaron otras de carácter económico. No obstante sus reiteradas afirmaciones integracionistas y propiciadoras de una resucitación de la Gran Colombia bolivariana, el gobierno de Caracas cedió con facilidad ante presiones internas proteccionistas, y a mediados de mayo impuso el obligatorio trasbordo en la frontera de las mercancías transportadas hacia Venezuela por camiones colombianos (*EN*, 14.05.1999). Posteriormente surgirían disputas comerciales entre Venezuela y otros Estados miembros de la Comunidad Andina –Ecuador y Perú–, por disposiciones proteccionistas dictadas en Caracas en violación de obligaciones asumidas en el pasado, pero denunciadas por Hugo Chávez como “neoliberales” (*EN*, 24.10.2001).

A partir de agosto de 1999, el gobierno estadounidense comenzó a activar el Plan Colombia, amplio programa de cooperación militar, política y social entre Norteamérica y la nación sudamericana, con el apoyo parcial de la Unión Europea, para combatir al narcotráfico y eliminar paulatinamente los desajustes estructurales que lo engendran o lo alientan. En lugar de tratar de contrarrestar la tendencia hacia el bilateralismo colombo-estadounidense y hacia un desmedido énfasis en el aspecto militar, mediante una estrategia diplomática hábil, orientada hacia la multilateralización del Plan Colombia (para transformarlo en un “Plan Andino”, como lo sugirió en noviembre de 2000 la embajadora norteamericana en Caracas, Donna Hrinak), el presidente venezolano arremetió hostilmente contra el proyecto. Burlonamente, advirtió a Estados Unidos y al gobierno de Bogotá que, por el apoyo

militar norteamericano, Colombia se podría convertir en un “Vietnamcito” (*El Universal*, 15.08.1999) Pocos días después irritó a su colega neogranadino al proponer unilateralmente, sin consulta previa, una “Conferencia de Paz” para Colombia, a la vez que reiteró su deseo de conversar con el bando rebelde del vecino país (*EU*, 21. y 22.08.1999).

Tedioso sería narrar en todos sus detalles los incidentes diplomáticos y sobre todo la “guerra de micrófonos” que se llevó a cabo entre los gobiernos de Caracas y de Bogotá, así como el creciente enfrentamiento crítico u hostil de los medios de comunicación social colombianos al presidente Chávez y a su política exterior. Sintomático es el hecho de que no sólo los grandes diarios moderados, tales como *El Tiempo* y *El Espectador*, sino también una revista como *Cambio*, vinculada al nombre de Gabriel García Márquez, tradicional amigo de la izquierda venezolana, se convirtió en uno de sus críticos más severos. Un tema central en esas expresiones críticas fue siempre el de la aparente colusión entre el aparato de seguridad e información “chavista” y las fuerzas subversivas de izquierda en Colombia (*EN*, 03.12.2000).

En la medida en que también Estados Unidos, principal aliada del gobierno de Bogotá contra la guerrilla y el narcotráfico a través del Plan Colombia, acogió estas preocupaciones con respecto al papel del gobierno venezolano, más marcada se hizo la determinación de la Casa Blanca y del Pentágono a contribuir a que el balance de fuerza militar entre las dos repúblicas vecinas se inclinase netamente a favor de la parte colombiana.

(Como la mayoría de los países latinoamericanos, Colombia y Venezuela, no obstante sus consensos, tienen viejas controversias territoriales y de otra índole. En 1987, un serio incidente provocó movilizaciones de parte y otra, quedando demostrado el alto nivel del potencial militar y la preparación defensiva de Venezuela. Hoy, en cambio, por la torpe diplomacia venezolana y los efectos del Plan Colombia, la correlación de fuerzas disuasivas parece haber cambiado drásticamente).

En sus relaciones con Ecuador y con Colombia, el actual gobierno venezolano también adoptó actitudes controvertidas. Ante el conato de golpe de estado ocurrido en Ecuador en enero de 2000, Venezuela “lamentó” pero no “condenó” los hechos. Por su parte, los militares

alzados, Lucio Gutiérrez, Mendoza y otros, se declararon admiradores del comandante Hugo Chávez Frías (*EU, EP*, 25.01.2000). Según el señor Peter Romero, secretario adjunto para asuntos hemisféricos del Departamento de Estado norteamericano, el gobernante venezolano ayudaba activamente a la guerrilla colombiana y también a “movimientos indígenas violentos” en Ecuador y en Bolivia (*EU*, 07.12.2000). Esta denuncia guardaba relación con el hecho de que el aparato de seguridad interamericano había detectado operaciones de financiamiento secreto a fuerzas subversivas a través de un hombre de confianza del presidente Chávez (*La Razón*, 15.01.2001; *EU*, 31.01.2001).

Las relaciones venezolanas con Perú fueron afectadas por la clara simpatía política y personal que el presidente Chávez mostró hacia su colega Fujimori, y por el asilo secreto que Venezuela brindó durante cierto tiempo al señor Vladimiro Montesinos, hombre de confianza del mencionado mandatario peruano. El presidente Alejandro Toledo, electo después de la renuncia y el destierro de Fujimori, ha tenido reacciones de desconfianza hacia su colega venezolano, quien además es repudiado tajantemente por los partidos políticos tradicionales de Perú.

En términos generales, la propuesta teórica de recrear las bases del esquema internacional de la época de Simón Bolívar –unión fraterna entre la Gran Colombia (formada de Nueva Granada, Venezuela y Quito), Perú y Bolivia– no fue promovida por la praxis diplomática venezolana de los años 1999-2001, que más bien introdujo elementos de división y de conflicto en el seno de la Comunidad Andina, sucesora auténtica del viejo proyecto bolivariano.

3.2 Relaciones con el Caribe y América Central

Durante la época 1958-1998, Venezuela llegó a desempeñar un papel significativo en el área caribeño-centroamericana. Desde 1969 en adelante tuvo un acercamiento significativo a los nuevos Estados independientes del Caribe de habla inglesa y a su organización subregional, Caricom, con programas de asistencia técnica por parte de Venezuela. Desde 1961 en adelante privilegió sus relaciones con la República Dominicana. Después de la etapa de conflicto político con el régimen cubano en los años sesenta, estableció una convivencia

correcta y por momentos hasta cordial con el gobierno de ese país. En América Central, Venezuela, junto con los demás Estados integrantes del Grupo de Contadora (Colombia, México y Panamá) desempeñó un papel destacado en la solución pacífica de conflictos políticos de la subregión. En 1980, por el Acuerdo de San José, México y Venezuela establecieron un generoso programa de suministro de petróleo bajo condiciones ventajosas a los países de Centroamérica y el Caribe. A comienzos de la década de los noventa, el Grupo de los Tres (Colombia, México y Venezuela) tomó parte activa en la creación de la Asociación de los Estados del Caribe (AEC), y un ciudadano venezolano desempeñó la secretaría general de ese organismo de concertación subregional.

Para 1999 existía, pues, un historial de presencia activa de Venezuela en Centroamérica y el Caribe, pero el nuevo gobierno, en conformidad con su orientación general ya descrita, deseó dar a esa presencia un mayor relieve.

Un tema de importancia fundamental para el presidente Chávez fue el de una alianza estratégica con Cuba y con el régimen del presidente Fidel Castro Ruz. Desde la época en que Hugo Chávez Frías era candidato presidencial, el mandatario cubano le había brindado su amistad y su respaldo ideológico. Ya en la presidencia de Venezuela, Chávez agradeció con creces esa actitud solidaria. Aunque en diversas ocasiones afirmó que el movimiento bolivariano no es marxista (*EN*, 23.09.1999), en otros momentos expresó su admiración por el modelo socialista autoritario de Cuba en lenguaje casi lírico: “La revolución en Venezuela va hacia el mismo mar donde va el pueblo cubano, mar de felicidad, de verdadera justicia social, de paz... ¡Aquí estamos, más vivos que nunca, Fidel y Hugo!” (*EN*, 28.11.1999). Obviamente, amplios sectores venezolanos se espantaron ante la perspectiva de tal “mar de felicidad”.

Desde julio de 1999, el entonces canciller de Venezuela, José Vicente Rangel, anunciaba que se suministraría petróleo venezolano bajo condiciones preferenciales a Cuba, “con visión estratégica” (*EU*, 14.07.1999). Pocos días antes, el presidente Chávez había prometido públicamente, en la Cumbre de Caricom celebrada en Trinidad y Tobago, que muy pronto la facilidad petrolera ofrecida al Caribe y Centroamérica por el Acuerdo de San José del 3 de agosto de 1980 entre México y Venezuela sería ampliada para incluir a Cuba que no figura-

ba en la lista de los países beneficiarios. El presidente mexicano, Ernesto Zedillo, reaccionó con cierta irritación ante tal anuncio unilateral e inconsulto, y rechazó la sugerencia de extensión de los términos del acuerdo a Cuba. Desde entonces, Venezuela y México han seguido renovando y cumpliendo de año en año el Acuerdo de San José, pero al mismo tiempo el gobierno venezolano preparó y puso en ejecución un programa paralelo de cooperación petrolera venezolana unilateral con los países caribeños y centroamericanos, y otro programa de suministro de petróleo a la República de Cuba por acuerdo bilateral de cooperación entre Caracas y La Habana. El primero de estos programas nuevos fue formalizado por el Acuerdo Energético multilateral de Caracas, del 18 de octubre de 2000, y el segundo forma parte del Acuerdo Bilateral de Cooperación suscrito por los presidentes Fidel Castro y Hugo Chávez en Venezuela, el día 30 de octubre de 2001. Forma parte de dicho acuerdo, el compromiso venezolano de suministrar petróleo a Cuba, bajo condiciones ventajosas, por valor de unos 600 millones de dólares anuales (*EU*, 31.10.2000).

Posteriormente, el presidente Castro envió a Venezuela, en señal de retribución por los envíos de petróleo, diversos servicios de utilidad social: atención a venezolanos enfermos en centros hospitalarios cubanos; médicos y paramédicos cubanos a Venezuela para tratar a pacientes en barrios populares presuntamente desatendidos por la medicina “oligárquica” venezolana. Asimismo se hizo presente en Venezuela en visitas personales en las que elogió a su anfitrión y denunció a los adversarios del mismo. Desde su propia isla, no escatimó oportunidades para asesorar a su amigo venezolano y para prestarle apoyo propagandístico. No cabe duda de que esas muestras de solicitud responden en gran medida a la asistencia petrolera realmente valiosa que Cuba recibe por parte de Venezuela.

Seguramente, el gobernante venezolano también espera de los demás países caribeños y centroamericanos beneficiarios de un trato petrolero favorable, que respondan a esa cooperación con muestras de apoyo político o diplomático. Sin embargo, la experiencia ha demostrado que los Estados del Caribe no están dispuestos a sacrificar sus intereses bien ponderados para complacer a un amigo propugnador de tesis cuestionables. En la tercera Cumbre de la Asociación de Estados del Caribe celebrada en la isla venezolana de Margarita en diciembre de 2001, el presidente Chávez arremetió frontalmente contra el pro-

yecto del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) y aparentemente esperaba un rechazo de ese proyecto por la cumbre macrocaribeña. Sin embargo, ésta se limitó prudente y realistamente a afirmar que la versión del ALCA defendida por Estados Unidos sufría de imperfecciones y debía ser mejorada y condicionada (*EU*, 13.12.2001).

3.3 Relaciones Latino- e Interamericanas

En medio de errores e improvisaciones que han caracterizado la política exterior venezolana en los últimos tiempos, sin duda merecen ser señalados como logros positivos algunas acciones y medidas que representan la continuación de orientaciones convenientes para el interés nacional, ya iniciadas antes del cambio de régimen ocurrido en 1999. Una de esas políticas positivas es la de acercamiento y de creciente cooperación con Brasil.

Durante largo tiempo Brasil y Venezuela, a pesar de su vecindad directa y su larga frontera común, habían convivido pasivamente, prácticamente sin prestarse mutua atención. El tradicional atraso y aislamiento de la región amazónica común a ambos países los había inducido a un amistoso desinterés recíproco. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo veinte Brasil inició grandes programas de desarrollo y de poblamiento sistemático de todas las zonas de su vasto interior y de sus periferias territoriales y reflexionó en términos geopolíticos sobre sus relaciones con los países vecinos (Couto e Silva 1978). Aún pasaron varias décadas antes de que Venezuela reaccionara positivamente ante ese movimiento: no fue sino en 1994, que finalmente los presidentes Rafael Caldera e Itamar Franco suscribieran los acuerdos de La Guzmanía, que echaron las bases para una prometedora política de cooperación y de integración bilateral entre las dos naciones.

El presidente Chávez y su colega brasileño Fernando Henrique Cardoso continuaron esa política y le imprimieron mayor dinamismo. En materia energética, industrial y comercial se establecieron vínculos de intercambio y de cooperación fecundos y provechosos para ambos socios. Por otra parte, tanto Cardoso como su sucesor Luiz Inácio “Lula” da Silva son voceros de un nacionalismo pan-sudamericano

que coincide con el pensamiento del gobernante venezolano, aunque este último tiende a expresarlo en forma más radical y controvertida.

Atraído por la geopolítica de identidad sudamericana de los brasileños y repelido por lo que él considera como el “neoliberalismo” de la Comunidad Andina (CAN), el presidente Chávez ha expresado en diversas ocasiones su anhelo de efectuar una rápida adhesión de Venezuela a Mercosur. No parece haber comprendido que tal adhesión no representa una mera decisión política sino que presupone negociaciones económicas largas y espinosas, y que además, de intentarse unilateralmente, constituiría una grave violación de los compromisos de negociación conjunta entre la CAN y el Mercosur (EU, 02.03.2000; 24.06.2001).

Ha sido un tema constante del discurso de Hugo Chávez Frías la idea de que la integración latinoamericana, y sobre todo suramericana, debe ser ante todo **política y militar**, dejando el aspecto económico y social para una segunda etapa (EU, 26.05.1999; 29.06.1999; 02.11.1999; 08.11.1999; 24.06.2001). Esta idea está relacionada con la estrategia de desafío verbal radical que el actual presidente de Venezuela ha llevado adelante en el plano de sus relaciones globales con las potencias y estructuras internacionales.

3.4 Relaciones internacionales globales

Durante los años 1999-2001, el gobierno “revolucionario” venezolano se enfrentó mediante discursos y gestos al sistema internacional establecido, manifestando su inconformidad ideológica con los paradigmas de la globalización, del neoliberalismo y de la democracia representativa, rechazando el predominio unipolar de la primera potencia y procurando la creación de una nueva correlación de fuerzas en el mundo. Dentro de esa estrategia radical, desempeñó un importante papel el factor petrolero.

3.4.1 Ideología

La ideología del movimiento “bolivariano” dirigido por Hugo Chávez Frías constituye en sus orígenes una mezcla de elementos de extrema izquierda y de extrema derecha. La influencia de extrema izquierda proviene históricamente de la voluntad, manifestada desde 1957 en adelante en el seno del Partido Comunista de Venezuela

(PCV), de penetrar en las Fuerzas Armadas del país y tratar de enrostrarlas en el bando de la revolución. En la década de los años sesenta, la extrema izquierda logró captar la adhesión de ciertos elementos de la oficialidad militar, que se unieron a ella en acciones subversivas contra el régimen democrático representativo. En 1966, el dirigente de extrema izquierda Douglas Bravo, luego de ser expulsado del PCV y de haber fundado el disidente Partido de la Revolución Venezolana (PRV), retomó la idea de infiltrar y adoctrinar a las Fuerzas Armadas Nacionales. A partir del año 1977 se fueron creando núcleos de extrema izquierda en el seno de la oficialidad activa. Para alcanzar éxitos en la captación de los militares —profundamente nacionalistas y generalmente religiosos, reacios a la ideología marxista-leninista clásica— Douglas Bravo y sus seguidores “nacionalizaron” el pensamiento revolucionario, diluyendo las distinciones teóricas entre clases sociales y enfatizando los aspectos específicamente venezolanos y latinoamericanos de la lucha liberadora. Se puso énfasis en el “continentalismo nacionalista” y en las tradiciones emancipadoras históricas con sus próceres y héroes (Bolívar a la cabeza, junto con el líder agrarista Ezequiel Zamora y el pensador y educador rousseauiano Simón Rodríguez). Al concepto de la liberación social y la superación de las relaciones estrictamente capitalistas se les agregaron elementos tales como el indigenismo, el ecologismo, el nacionalismo cultural y “la creación de una religión popular sincrética que incorporaba el culto a Bolívar”, a la vez que en materia internacional se evitaba la alianza con el bloque soviético y se pregonaba la “tercera posición”. Hugo Chávez Frías se incorporó a esta tendencia militar denominada “bolivariana” (en una etapa anterior, Bravo y el PRV la llamaban “marxista-leninista-bolivariana”), y durante la década de los ochenta llegó a ocupar una posición de líder entre sus compañeros de armas (Garrido 2003: 5-20).

Por otra parte, desde la década de los años ochenta, cuando se originó el movimiento de jóvenes oficiales militares rebeldes contra el sistema de “conciliación de élites” que regía la vida política venezolana, fue importante la influencia que ejercieron sobre ellos las ideas de corte fascista o semifascista provenientes de las logias militares de Argentina y otros países del Cono Sur; ideas afines a las que sustentaban en el Río de la Plata los “carapintadas” insurgentes contra el proceso de democratización posterior a la Guerra de las Malvinas. Varios

de los militares golpistas venezolanos del año 1992 –sobre todo los de la insurgencia de noviembre– habían tenido contactos con ese militarismo sureño de extrema derecha y algunos, que posteriormente ocuparían altísimas posiciones en el gobierno “bolivariano”, incluso se habían vuelto adeptos del neonazismo y ávidos lectores de *Mein Kampf*. El propio Chávez sólo parece haber entrado al mundo del fascismo rioplatense a partir de 1992 cuando, después del fracaso de su aventura golpista se encontraba en la prisión de Yare. Los “carapintadas” argentinos le escribieron y le manifestaron su simpatía. Posteriormente, cuando Chávez salió en libertad en 1994, lo invitaron a Buenos Aires. Allí quedó parcialmente convencido por sus ideas de ultraderecha, y sobre todo cayó bajo la influencia del sociólogo e ideólogo argentino Norberto Ceresole, recientemente fallecido. Ceresole, quien fue trotskista, peronista de izquierda y asesor de Juan Velasco Alvarado antes de convertirse en neonazi, sostuvo la tesis de que el factor militar es crucial en cualquier proceso de cambio nacionalista y social en América Latina y en el mundo, y que en nuestros países la democracia debe ser sustituida por el poder vertical e incuestionable de la tríada caudillo-Ejército-Pueblo. Este último delegaría su soberanía de manera radical y definitiva en el caudillo, quien dirigiría la transformación nacional con el apoyo decisivo de las Fuerzas Armadas. Al mismo tiempo Ceresole predicaba una geopolítica radical, encaminada a socavar la hegemonía norteamericana a través de un nuevo sistema de alianzas estratégicas internacionales. Admiraba el ejemplo de la Alemania nacionalsocialista y lamentaba que ésta haya perdido la Segunda Guerra Mundial. Sentía cálida simpatía y brindaba apoyo activo a las corrientes más radicales del nacionalismo islámico. Junto con ello, lo caracterizaba un vehemente antisemitismo: negaba hechos históricos como el Holocausto (“Holocuento” según él), acusaba a la comunidad hebrea argentina de grotescas manipulaciones antinacionales y antimilitares, y afirmaba que los judíos dominan al mundo en alianza con Estados Unidos (Garrido 2003: 20-25; *EN*, 02.08.1999; *LR*, 13.02.2000; *EU*, 20., 23. y 26.03.2000; 03. y 29.04.2000; 11.02.2001; *EN*, 11.11.2001).

Debe reconocerse que gradualmente, en el seno del movimiento oficialista venezolano, las tendencias ideológicas de izquierda fueron desplazando y venciendo a las de extrema derecha. Desde fines del año 2000, Ceresole se quejó repetidas veces de que Chávez parecía

ceder ante tentaciones “socialdemócratas” y “judaizantes” (*LR*, 13.02.2000; *EU*, 24.03.2000; 26.03.2000; 03.04.2000).

En el plano internacional, el régimen venezolano actual realizó una campaña muy exitosa de captación de simpatías en círculos políticos, intelectuales y periodísticos de tendencia izquierdista radical o pronunciadamente antinorteamericana. En agosto de 2000 fue publicado el libro del escritor británico, especialista en rebeliones guerrilleras y políticas latinoamericanas (Gott 2000). En la misma época, Ignacio Ramonet, Maurice Lemoine y Bernard Cassen, de *Le Monde Diplomatique* de París se convirtieron en partidarios decididos del presidente venezolano y del “proceso” político que encabeza. En Suiza, hizo lo mismo el socialista de izquierda Jean Ziegler. En Estados Unidos, Noam Chomsky, James Petras y otros representantes del pensamiento radical igualmente manifestaron su respaldo. Por lo general, también aquellos partidos de izquierda que todavía se denominan “comunistas” o que se apegan a las tradiciones revolucionarias del tiempo de la Guerra Fría, simpatizan con el actual régimen venezolano y han puesto sus eficientes aparatos de propaganda a la disposición del mismo, y han colaborado en la creación de “Círculos Bolivarianos” en el exterior, y en la organización de foros y congresos internacionales sobre el tema de la “revolución” venezolana.

3.4.2 Geopolítica

Inspirado por los elementos ideológicos radicales arriba expuestos, el gobierno venezolano adoptó, en sus discursos y sus gestos diplomáticos, una línea desafiante ante la estructura internacional que rigen los paradigmas del llamado “Consenso de Washington”. Mostró su voluntad de independencia ante los dictados de la primera potencia al decidir, en 1999, que votaría a favor de Cuba, China e Irán en la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, en vez de simplemente abstenerse, como lo había hecho en años anteriores. Así pasó a ser el único país de América, excepto Cuba misma, en adoptar esa posición (*EN*, 23.04.1999).

En el planteamiento de la “multipolaridad”, enfrentada a la “unipolaridad” norteamericana, el presidente Chávez fue locuaz en múltiples ocasiones. En su viaje a China en octubre de 1999, además de afirmar que era “muy maoísta”, se pronunció a favor de un mundo

multipolar, enfrentado a la unipolaridad. Habló acerca de una afinidad “estratégica con China en ese sentido (*EU* 13.10.1999). Poco después, reunido con el presidente Chirac en París, se pronunció en el mismo sentido de una “relación estratégica” en pro de la multipolaridad (*EFE*, 28.10.1999). Unos meses después, después de que Venezuela sufriera la catastrófica inundación de su litoral central que costó miles de muertos y desaparecidos y enormes pérdidas materiales, el presidente Chávez agradeció la ayuda prestada por diversos países, con mención especial de Francia, cuya política exterior elogió grandemente. El mismo día, insistió en la conveniencia de una unión militar latinoamericana que garantizase la independencia de la región frente a posibles injerencias externas. Por otra parte, pocos días después, rechazó una operación (ya lanzada) de ayuda de emergencia con unidades de ingeniería militar norteamericana. El desembarco de soldados estadounidenses, aun en misión samaritana, le parecía inapropiado. Norteamérica reaccionó con “sorpresa”: ¡inicialmente, la asistencia humanitaria del Pentágono había sido solicitada por el ministro de la defensa venezolano, general Raúl Salazar! (*EN, EU y Primicia*, 07. a 15.01.2000).

Por otra parte, en ese mismo lapso, el gobierno venezolano se negaba tenazmente a permitir que aviones anti-drogas de los Estados Unidos sobrevolaran su territorio. Irritado por la combinación de “multipolaridad”, rechazo a la ayuda del Pentágono y negativa a permitir el acceso al espacio aéreo, el señor Peter Romero, secretario de Estado adjunto para asuntos hemisféricos, se permitió advertir: “¡Los gringos no somos conocidos por nuestra paciencia!” Sin embargo, otros representantes oficiales de Estados Unidos tomaron una posición de defensa y de justificación a las actitudes del gobernante venezolano. El embajador norteamericano en Caracas, John Maisto, afirmó insistentemente que a Chávez había que tomarlo con “sentido de humor”, y que convenía “fijarse, no en lo que dice, sino en lo que hace”. Opinó que el gobierno venezolano actual era preferible a la democracia “vacía y formalista” que le había precedido (*EN*, 13.05.2000).

En sus múltiples giras por Latinoamérica, Europa, Asia y África, el presidente Chávez insistió incansablemente, entre 1999 y 2001, en sus ataques contra la “unipolaridad” y además contra el “neoliberalismo salvaje” y la “globalización neoliberal”. Habló de sus “alianzas

estratégicas” con los pueblos en vías de desarrollo, los países petroleros del Medio Oriente, Asia y África, con Francia, Rusia y China. En reuniones con gobernantes latinoamericanos regularmente volvía sobre el tema de una integración regional ante todo política y militar que contribuyese a una redistribución del poder en el mundo. Típica en ese sentido fue su propuesta de creación de una “OTAN del Caribe y del Atlántico Sur” (discurso ante el Parlamento Andino reunido en Caracas, *EU*, 02.11.1999).

Otro plano en el que Hugo Chávez Frías desafió continuamente al sistema interamericano e internacional establecido, ha sido su insistencia en que la democracia representativa debe ser sustituida por una nueva “forma superior”: la “democracia participativa”. En sucesivas reuniones latino- e interamericanas, la diplomacia del actual régimen venezolano ha venido defendiendo esa tesis en términos radicales. Rechazando la tesis –aceptable para demócratas moderados– de que la democracia representativa debería ser ampliada y profundizada paulatinamente para abrir un mayor espacio a la participación ciudadana efectiva, los voceros venezolanos contraponían tajantemente los dos “tipos” de democracia y los presentaban como incompatibles. Particularmente dramático fueron los enfrentamientos a ese respecto en la Tercera Cumbre de las Américas (Québec, abril de 2001), donde Venezuela presentó una reserva formal a la resolución sobre democracia representativa (ANSA, 22.04.2001), y en la Asamblea General de la OEA (Organización de Estados Americanos) celebrada en Lima en septiembre de 2001, con motivo del debate sobre la Carta Democrática Interamericana, que el canciller venezolano aceptó a regañadientes (Reuter, 10.09.2001).

3.4.3 *Petróleo*

Desde el momento de su elección a la presidencia, Hugo Chávez Frías y sus asesores en materia petrolera tuvieron la idea de fortalecer la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) y convertirla en un instrumento para la transformación del orden mundial, no sólo en el plano económico (visión clásica de los fundadores de la organización), sino también en el político (visión geoestratégica nueva).

El ascenso de Hugo Chávez a la presidencia coincidió con un comienzo de aumento de los precios petroleros, en buena parte debido a que la OPEP, ya en la segunda mitad de 1998, había decidido reducir sus cuotas de producción. Ya instalado en el poder, el nuevo gobierno venezolano desarrolló una diplomacia petrolera tendiente a alentar el mantenimiento de la política de defensa de los precios, reiniciada por la organización de países exportadores. Sin duda, el nuevo ministro de energía venezolano, Alí Rodríguez Araque, desempeñó un papel destacado en ese sentido, y fue elegido secretario general de la OPEP en el año 2000.

Por otra parte, el gobierno de Venezuela se empeñó en invitar a todos los soberanos y jefes de Estado de la OPEP a una Cumbre de la organización, para la primera mitad del año 2000. El gobernante venezolano y sus asesores miraban esa Cumbre como oportunidad para tratar de fortalecer la cooperación entre los países miembros de la OPEP en todos los planos, incluido el político, para dar a la organización un carácter de bloque estratégico dentro de un nuevo orden multipolar.

El primer gobernante de la OPEP en aceptar la invitación venezolana fue el presidente Abdel Aziz Bouteflika, de Argelia, el 26 de junio de 1999. El 10 de julio, una misión venezolana inició una gira por todos los países miembros de la organización, para hacer entrega formal de las invitaciones y tratar de persuadir a los respectivos gobiernos. La tarea no fue fácil. Aunque ningún gobernante oficialmente rechazó la idea de la Cumbre, algunos de ellos la miraban con honda desconfianza y secreta antipatía. Tal fue el caso de Arabia Saudita, conservadora y opuesta a todo evento que pudiese dar lugar a discursos radicales y perturbadores del orden establecido. Los sagaces gobernantes de Riad sabían que los éxitos cosechados en el pasado por la OPEP se debían mayormente a su carácter de organización pragmática, guiada exclusivamente por criterios económicos, y capaz de reunir en una misma mesa aun a representantes de países en guerra. La fogsidad y el radicalismo del régimen venezolano los preocupaba (Conversación del autor, Viena, 31.08.1999).

La catástrofe natural que afectó la zona costera de Venezuela el 15 de diciembre de 1999 (el mismo día en que la población por gran mayoría aprobó la nueva Constitución “bolivariana”) obligó al gobierno de Caracas a solicitar el aplazamiento de la Cumbre de la OPEP

para la segunda mitad del 2000. En agosto de ese año, el propio presidente Chávez realizó un viaje para tratar de persuadir a algunos mandatarios recalcitrantes a que asistiesen personalmente a la Cumbre. Después de haber visitado al presidente Jatami en Irán, entró por vía terrestre a Irak, donde fue recibido con grandes gestos de cordialidad por el presidente Sadam Hussein. Desde hacía años, era el primer gobernante occidental que se acercaba al execrado y sancionado dictador iraquí, y lo hizo con toda la intención de mostrarse desafiante ante Estados Unidos y el orden mundial existente. Hussein le manifestó su aprecio y su apoyo, pero se excusó de acudir a Caracas, por obvias razones de seguridad (DPA, EFE, 10.08.2000).

La Cumbre de la OPEP finalmente se celebró en Caracas del 27 al 28 de septiembre de 2000, con la mayoría de los países miembros representados, no por el Jefe de Estado sino por un representante del mismo. Los temores de politización sentidos por las monarquías conservadoras del Golfo, e incluso por gobernantes aparentemente más radicales, hicieron que la reunión tuviese un carácter mucho más apacible del que algunos observadores habían pronosticado. La Declaración de Caracas suscrita el 28.09.2000 tuvo como puntos fundamentales: la promoción del diálogo entre países productores y consumidores; el desarrollo de una política de precios estables; el apoyo a la celebración en Riad, en el venidero mes de noviembre, del VII Foro Internacional de Energía; la preocupación por el hecho de que el impuesto sobre los productos elaborados sea el componente decisivo del precio final; la decisión de institucionalizar las Cumbres de la OPEP y celebrarlas a intervalos regulares; la preocupación por la protección del medio ambiente, y la preocupación por la pobreza en los países en desarrollo (*Agencias de prensa*, 28.09.2000). Pero al margen de resultados aparentemente tan banales, el gobierno venezolano había logrado su propósito esencial, de aparecer ante el mundo como “líder” de un bloque de países emergentes petroleros y expresar tajantemente su rechazo doctrinario a la hegemonía unipolar.

3.4.4 Movimiento obrero

Durante estos tres años de ofensiva “revolucionaria”, el gobierno del presidente Chávez se esforzó por arrebatar la dirección del movimiento obrero venezolano a la corriente socialdemócrata predominante en

el seno de la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV), y con ese fin aplicó medidas encaminadas a someter al control del Estado las elecciones internas de los sindicatos. Dichas medidas provocaron denuncias internacionales, declaraciones de solidaridad del sindicalismo democrático internacional con la CTV, acuerdos condenatorios de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), y derrotas contundentes del “chavismo” en las principales elecciones sindicales internas de Venezuela. La derrota más grave sufrida por el régimen fue el fracaso del referendo sobre el status jurídico de los sindicatos, que se celebró el 3 de diciembre de 2000: el 90% de los votantes rechazó la posición oficialista. Igualmente han fracasado los intentos de desarrollar un fuerte movimiento obrero oficialista paralelo, que desplace a la vieja confederación del puesto de central sindical más representativa: hoy como ayer, la OIT reconoce a la CTV como la representante legítima y democrática de los trabajadores venezolanos (*EU*, 18.01.2000; *EN* y *EU*, 01.02.2000; 03. y 04.03.2000; *Agencias de prensa*, 11.03.2000; *EU*, 26.04.2000; *EN* y *EU*, 10 a 16.10.2000; *Zeta*, 16.11.2000, pp. 10-11; *EU*, 02. y 04.12.2000; 11.02.2001; 16.03.2001; *EN* y *EU*, 06. y 08.05.2001; *EN*, 14.06.2001; *EG*, 06.10.2001; *EN* y *EU*, 26.10.2001; *EU*, 31.10.2001; *EN* y *EU*, 05.11.2001).

Se puede afirmar, pues, que en el terreno de la lucha por el control del movimiento obrero, la ofensiva “revolucionaria” venezolana se saldó en repetidas y graves derrotas nacionales e internacionales.

3.4.5 Terrorismo

El área de enfrentamiento más peligrosa que escogió la “revolución bolivariana”, fue el de determinadas complacencias, o actitudes ambivalentes, ante el terrorismo y todo lo que fuese definido como tal por las hegemonías establecidas.

En su segundo mes en el poder, el presidente Hugo Chávez desconcertó a la opinión pública venezolana y foránea al dirigir una carta personal, pero divulgada públicamente, al notorio terrorista de nacionalidad venezolana “Carlos” (Ilich Ramírez Sánchez), actualmente preso en Francia, convicto de asesinatos, y confeso o acusado de otros crímenes que son de conocimiento mundial (Follain 1998). El gobernante se dirige al terrorista como “Distinguido compatriota” y le expresa su solidaridad y apoyo “con profunda fe en la causa y la mi-

sión... ¡por ahora y para siempre!” (*EN*, 21.04.1999). Un grupo de seguidores del presidente Chávez se ha vuelto desde entonces apasionado defensor del terrorista, en ciertos casos por amistad personal con la familia Ramírez Sánchez, y en otros por confusión ideológica y moral, olvidando la severa distinción que Marx y otros clásicos del socialismo siempre hacían entre revolución y terrorismo. El gobierno venezolano efectuó gestiones diplomáticas ante el de Francia, encaminadas a lograr que “Carlos” sea trasladado para pagar su pena en su país de origen. Como era de esperarse, el gobierno francés ha rechazado tal pretensión, e incluso ha indicado que consideraría perjudicial para las buenas relaciones entre los dos países que se insistiese en este tema (*EN*, 14.05.1999; *Tal Cual*, 09.11.2000; *EU*, 21.11.2000; *EN*, 10.10.2001).

El más profundo choque entre la sensibilidad norteamericana (e internacional) y la del régimen venezolano se produjo a raíz del ataque terrorista del 11 de septiembre de 2001 contra las Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono en Washington. Casi todos los jefes de Estado del mundo, incluido Fidel Castro, lanzaron un grito espontáneo e inmediato de horror y de solidaridad con el pueblo norteamericano. En el caso de Venezuela, empero, la reacción fue más matizada y ambigua. Aunque el ministro secretario de la presidencia, Diosdado Cabello, emitió una inmediata declaración correcta de “profunda solidaridad”, el propio Chávez no habló sino el día siguiente y matizó la solidaridad: aunque consideraba que el ataque había sido “diabólico y abominable”, proponía orar por la paz y por las almas de los muertos, incluidos los terroristas suicidas (*EU*, 13.09.2001). Pese a que el vicepresidente José Vicente Rangel afirmaba que Venezuela “está alineada con Estados Unidos”, el jefe de Estado se preocupó sobre todo por el peligro de una “escalada” de retaliaciones y clamó por la paz (*EU*, 15.09.2001). El día siguiente, un grupo extremista del partido de gobierno dio vivas a los terroristas y quemó una bandera estadounidense. El 22 de septiembre, la oposición pidió al gobierno que definiera claramente su posición ante el terrorismo y los hechos del día 11. Ante los pedidos de apoyo del gobierno norteamericano en una acción anti-terrorista, el gobierno de Caracas respondió, el 2 de octubre, que enviaría una misión humanitaria a Afganistán para ayudar a refugiados locales. El mismo día, el intelectual disidente norteamericano Noam

Chomsky elogió al régimen venezolano: era “el primer gobierno nacionalista en mucho tiempo” (*EN*, 03.10.2001).

El gobernante venezolano no cesó en sus expresiones de oposición a una acción armada norteamericana contra Afganistán u otras posibles bases del terrorismo islamista. “La guerra no es el camino”, dijo en Ginebra ante la 5ª Conferencia de la ONU sobre Desertificación y Sequía. En el mismo momento, en Caracas, el vicepresidente Rangel pedía “ponderación” (*EU*, 09.10.2001). Hugo Chávez Frías se encontraba en una gira por Europa y a Argelia; desde allí súbitamente decidió desviar su itinerario hacia Libia, Arabia Saudita e Irán. Presuntamente su intención era la de coordinar una actitud común de los países de la OPEP ante la crisis mundial resultante del ataque terrorista del 11 de septiembre.

Al mismo tiempo, el gobierno venezolano causó sorpresa y desagrado internacional al negarse oficialmente a considerar a “Carlos” como terrorista. En ese sentido, el inexperto viceministro de relaciones exteriores (militar súbitamente trasladado a la diplomacia) expresó que “Venezuela no puede considerar terrorista a quien no haya cometido actos delictivos de ese tipo en su territorio” (¡sic!) (*EN* y *EU*, 10.10.2001).

El propio “Carlos” se encargó de clarificar su condición pocos días después, rindiendo un flaco servicio al gobierno venezolano y a su propia causa, al declarar: “La guerra santa de Bin Laden también es la mía... Soy totalmente solidario de nuestra Revolución Bolivariana” (*EN*, 21.10.2001).

Como lo señaló Peter Hakim, director del Diálogo Interamericano en Washington, la modificación del itinerario presidencial, la visita a Kadafi en Libia y el pronunciamiento sobre “Carlos” fortalecieron en Estados Unidos “la percepción de Venezuela como país no confiable” (*EN*, 16.10.2001). Esa “percepción” se hizo aún más marcada dos semanas después, ya iniciadas las operaciones bélicas en Afganistán, cuando el presidente Chávez, en un diálogo con la nación, censuró de frente a los Estados Unidos por dichas operaciones y mostró acusadamente la foto de una niña afgana herida en un bombardeo. El Departamento de Estado inmediatamente exigió explicaciones al embajador de Venezuela, y llamó a Washington para consultas a la embajadora norteamericana en Caracas. Esa iniciativa provocó una inmediata reacción apologetica venezolana. “I want to be your friend”, dijo el pre-

sidente Chávez a los norteamericanos el día 3 de noviembre (*EN* y *EU*, 31.10.2001 a 04.11.2001).

4. 2002-2003: Dos años de “repliegue agresivo”

La ofensiva diplomática arriba descrita fue seriamente afectada e interrumpida por el fenómeno de la pérdida de popularidad del presidente Chávez y de su gobierno a partir del año 2001. En grado creciente, la población venezolana se fue dividiendo entre dos bandos cada vez más irreconciliables: una minoría que mantiene su fe en el “proceso bolivariano”, y una mayoría que lo adversa.

En los años 1999 y 2000, la aceptación pública del presidente Chávez y de su gobierno había sido grande. El 25 de abril de 1999 se celebró un referendo sobre la idea de convocar una Asamblea Constituyente y la respuesta fue abrumadoramente afirmativa (aunque más de la mitad de los electores no acudieron a las urnas). El 25 de julio del mismo año se realizó la elección de la Constituyente, y el “Polo Patriótico” (partidarios del presidente Chávez) ganó el 94% de los escaños. En noviembre estuvo listo el proyecto de Constitución Bolivariana, y el 15 de diciembre (mismo día de las catastróficas inundaciones del litoral central) quedó aprobada triunfalmente esa nueva carta magna. El 30 de julio de 2000, luego de que la Asamblea Constituyente y un “Congresillo” transitorio ejercieran el poder legislativo y designaran a las autoridades judiciales, electorales y “ciudadanas”, se efectuaron las elecciones generales (“megaelección”), en las cuales Hugo Chávez Frías fue electo Presidente de la República por seis años a partir de esa fecha (los dos años de transición de la vieja Constitución a la nueva se le agregaron para darle, de hecho, un mandato de ocho años, con posibilidad de reelección por seis años más). Chávez recibió el 60% de los votos, contra un 40% a su competidor Francisco Arias Cárdenas. La coalición oficialista ganó el 60% de los escaños en la Asamblea Nacional, y una mayoría de gobernadores regionales y alcaldes.

Desde comienzos del año 2001, sin embargo, decayó la aceptación del gobernante y de su régimen. Gran parte de la población percibió un clima de militarización, de concentración indebida del poder, de discursos radicales y divisionistas (“pueblo contra oligarquía”), y de notable deterioro económico y ocupacional debido a la creciente des-

confianza de los inversionistas nacionales y extranjeros (las inversiones norteamericanas en Venezuela, que habían sumado US\$ 1.551 millones en 1998, bajaron a US\$ 294 millones en 2000 y seguían disminuyendo, según información de *EU* del 13.08.2000). El presidente solicitó, y obtuvo, una Ley Habilitante que le permitía imponer ejecutivamente una serie de disposiciones legales que, al modo de ver de los empresarios, afectaba la propiedad privada y la libre iniciativa. Al mismo tiempo se desató la virulenta contienda entre el régimen y la confederación sindical, ya narrada en una sección anterior. A ritmo creciente, la oposición, integrada tanto por las clases media y alta, como por la clase trabajadora organizada y un creciente número de trabajadores informales y gente pobre (inicialmente pro-régimen) lanzó paros, huelgas y marchas de protesta contra la política oficial. Según la mayoría de los sondeos de opinión, para fines de 2001 la popularidad del gobernante había bajado del 80% inicial a menos del 40%, frente a un 60% cada vez más vehemente y activo en sus manifestaciones opositoras.

En el año 2002, la nueva situación venezolana –un gobierno de vocación “revolucionaria” y sin aptitud para el diálogo, a la defensiva contra una oposición democrática que persistía en calificar de “oligarcía” o de “fascista”– comenzó a reflejarse en una política exterior que ya no estaría marcada por un optimismo protagonista y triunfal, sino por una suerte de “agresividad defensiva”, basada en el mito de que la “revolución bolivariana” se encuentra asediada por una conspiración nacional y mundial de extrema derecha, y necesita de la solidaridad combativa de fuerzas solidarias internacionales para salvar su existencia.

Se desarrolló una creciente hostilidad entre el régimen venezolano y la jerarquía de la Iglesia Católica, reflejada en un incidente conflictivo entre el presidente Chávez y el nuncio apostólico, Monseñor André Dupuy, en el saludo ceremonial del cuerpo diplomático al jefe de Estado, el 24 de enero de 2002. Aparte de la jerarquía eclesiástica, ya la Internacional de los partidos demócrata cristianos o populares había adoptado una actitud opuesta al gobernante “bolivariano” (*EG*, 27.09.1999; *EU*, 11.06.2001). Junto con la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL), la Internacional Socialista también se tornó en contra del ensayo “chavista”, denunciándolo por

su carácter autoritario y su negación de las libertades sindicales (*EU*, 21.07.2002, pp. 1-6).

En enero, febrero y marzo del 2002 se incrementó enormemente la tensión interna en Venezuela. El 4 de abril se declaró un paro petrolero nacional que seis días después se convirtió en huelga general indefinida, patrocinada tanto por la CTV como por la central empresarial, Fedecámaras. El día 11, una multitud opositora estimada en un millón de personas marchó sobre el palacio presidencial de Miraflores y se desencadenaron los violentos sucesos que condujeron a la renuncia del presidente Chávez, a la instalación de un equipo gobernante ilegítimo y al retorno de Chávez a la presidencia el día 13.

Las reacciones internacionales oficiales todas saludaban el mantenimiento de la constitucionalidad en Venezuela. Sin embargo, se supo que algunas reacciones extraoficiales habían sido de alivio y satisfacción ante la renuncia de un gobernante turbulento y controvertido. Algunos importantes órganos de prensa internacionales coincidieron en señalar que, si bien Chávez había recuperado la presidencia, su poder se encontraba disminuido y, sobre todo, dependía más que antes del apoyo y beneplácito de la Fuerza Armada Nacional (*The Economist*, 21.04.2002, pp. 34-35; *Der Spiegel*, 22.04.2002, pp. 154-156). Los amigos ideológicos del “proceso” venezolano denunciaron el “golpe” del 11 de abril como producto de una presunta conspiración de extrema derecha, en la que jugarían un papel decisivo los grandes “medios” (Ignacio Ramonet, “Crime parfait”, MD, junio, p. 1; Maurice Lemoine, “Dans les laboratoires du mensonge au Venezuela”, MD, agosto, pp. 16-17). Richard Gott, por su parte, afirmaría que en Venezuela existía una “guerra racial” y una oposición “estilo Pinochet” (*The Guardian*, citado en *Zeta*, 13.12.2002, pp. 62-65).

En el plano diplomático, la OEA mostró su preocupación por la crisis política venezolana, y algunos gobiernos opinaron que la organización regional debía tomar cartas activas en el problema. Se habló de aplicar a Venezuela la recientemente aprobada Carta Democrática interamericana, que permite acciones multilaterales para resolver crisis en los países de la región (*EU*, 19.04.2002). Para contrarrestar esa corriente “intervencionista”, el presidente Chávez designó como ministro de relaciones exteriores al experimentado diplomático profesional Roy Chaderton Matos, quien asumió sus funciones el 1° de junio de 2002. Dos días después, en la 32ª Asamblea General de la OEA, en

Barbados, Chaderton logró impedir que se aplicara la Carta Democrática al caso venezolano (*EN*, 04.06.2002). En otras ocasiones posteriores, el nuevo jefe de la diplomacia venezolana defendió con gran elocuencia las versiones del gobierno venezolano y denunció “conspiraciones” internas e internacionales (*EU*, 20-08-02).

A pesar de estos esfuerzos por impedir iniciativas externas, en el mes de julio llegó a Caracas una misión de buenos oficios integrada por representantes de la OEA, del Centro Carter y del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), para sostener conversaciones con el gobierno y la oposición (*EU*, 26.07.2002). El secretario general César Gaviria logró la aceptación, por ambas partes, de tres temas para ser debatidos en una mesa de negociaciones, a saber: el fortalecimiento del sistema electoral, la investigación de la matanza ocurrida el 11 de abril, y el desarme de la población civil (*EU*, 05.09.2002).

Pero la situación venezolana interna se agravó incontinentemente. Continuaron las gigantescas marchas de protesta. Se agudizó la disputa entre el gobierno y los gerentes y trabajadores de la empresa petrolera estatal PDVSA (Petróleos de Venezuela, SA), cuya autonomía de gestión se pretendía eliminar. En octubre ocurrió un paro cívico y un grupo de oficiales activos se declaró en desobediencia ante el régimen. Este contraatacó con diversas medidas de represión y de militarización de las fuerzas de orden. Después de vanos esfuerzos de conciliación, el 2 de diciembre la oposición liderada por la CTV y Fedecámaras inició un gigantesco “paro cívico nacional” que paralizó la industria petrolera y la economía nacional en su conjunto durante dos meses y medio, prolongándose hasta el 18 de febrero de 2003.

La interrupción del flujo petrolero venezolano hacia los países industrializados, precisamente en un momento de creciente tensión mundial (Estados Unidos-Irak), sacudió a la comunidad internacional y la impulsó a redoblar sus esfuerzos para aplicar remedios a la crisis de una nación de tanta importancia estratégica. El ex presidente norteamericano Jimmy Carter, después de recibir el “Premio Nobel de la Paz” en diciembre de 2002, lanzó un llamado al presidente Chávez para que dejara que el pueblo venezolano decida su destino en una consulta democrática (*EN*, 10.12.2002). Por su parte, el nuevo presidente del Brasil, Luiz Inácio Lula da Silva, quien asumió el mando el 1 de enero de 2003, propuso la constitución de un Grupo de Amigos

de Venezuela, integrado por Brasil, Chile, México, España, Portugal y Estados Unidos. Ambas iniciativas prosperaron. Carter llegó a Venezuela en enero y propuso dos fórmulas democráticas para la solución de la crisis: un referendo revocatorio acorde con las disposiciones de la Constitución Bolivariana, o una enmienda constitucional que permita recortar el mandato presidencial. El Grupo de Amigos (inicialmente protestado y finalmente aceptado por el presidente Chávez), por su parte se hizo presente en Venezuela y contribuyó a encaminar al país hacia un entendimiento en la vía indicada por Jimmy Carter. El 24 de marzo de 2003 se firmó un acuerdo gobierno-oposición para tomar la vía del referendo revocatorio.

Pese a la continuada agresividad del discurso oficialista venezolano, y de la campaña que realizan internacionalmente los amigos del “proceso bolivariano” para denunciar a la oposición como presuntamente “golpista” y “fascista”, ha continuado el avance hacia una solución pacífica y democrática. Luego de un primer “firmazo” cuestionado en el mes de febrero, finalmente entre el 25 y el 28 de noviembre de 2003 se pudo realizar el proceso legal de recolección de firmas para pedir la celebración de un referendo revocatorio. En ese proceso, la discreta presión de la comunidad interamericana, y sobre todo los incansables esfuerzos del secretario general Gaviria, tuvieron importancia decisiva.

Por otra parte el gobierno venezolano, no obstante la continuada violencia de su discurso “revolucionario”, ha retrocedido enormemente en el terreno práctico y ha multiplicado sus complacencias hacia Estados Unidos y el mundo industrializado occidental sobre todo en el terreno económico. En parte, las concesiones al capital extranjero han aumentado por efecto de la creciente fuga de capitales y cerebros del sector privado venezolano: una burguesía nacional intimidada por las agresiones verbales “revolucionarias” ha sido reemplazada parcialmente por inversionistas y técnicos foráneos. En octubre de 2002, antes de despedirse, el entonces embajador de Francia en Caracas, Laurent Aublin, declaró que entre 1999 y 2002 las inversiones francesas en Venezuela se habían sextuplicado (*EN*, 23.10.2002). En la misma época, fuentes suizas y alemanas revelaron al autor que las inversiones y/o volumen de negocios de sus respectivos países se habían triplicado desde 1999. Fue sólo en 2003, por efecto de la huelga general, que los negocios europeos sufrieron pérdidas y algunos

optaron por irse del país. De manera general, el presidente Chávez dio a los intereses económicos extranjeros un trato deferente, mientras atacaba al empresariado venezolano.

En el plano petrolero, el trato dado por el “chavismo” a los intereses extranjeros, incluidos los norteamericanos tan cercanos al presidente George W. Bush, ha sido igualmente complaciente. El desmantelamiento de la vieja plana ejecutiva de PDVSA abrió un vacío en materia de conocimientos tecnológicos y organizativos, necesariamente llenado por expertos y empresas del exterior. El gobierno venezolano ha sido, también, sumamente flexible en la asignación de contratos a compañías petroleras internacionales, sin licitaciones engorrosas.

Desde la crisis de abril de 2002, el silencioso acercamiento venezolano-norteamericano en materia petrolera y estratégica se ha intensificado por motivos políticos. La actitud ambigua de Chávez ante el terrorismo a raíz del 11.09.2001, y sus provocadoras giras internacionales a países marcadamente anti-norteamericanos había causado en Estados Unidos un alto grado de desconfianza y de hostilidad hacia el presidente venezolano. Según el periodista británico Greg Palast, Chávez fue advertido de fuente muy confiable a comienzos de 2002, de que Estados Unidos apoyaría un golpe de fuerza para derrocarlo, si Venezuela ofrecía el menor respaldo a un plan de Irak y Libia para un embargo petrolero contra la potencia nortea. Ante este peligro, el presidente venezolano prometió solemnemente al gobierno estadounidense: a) abstenerse de cualquier participación en maniobras hostiles, y b) garantizar a Estados Unidos el suministro estable y confiable de petróleo venezolano en cualquier contingencia (*The Guardian*, 01.05.2002).

Durante el paro cívico nacional de diciembre 2002 a febrero 2003, el gobierno venezolano no pudo cumplir ese compromiso de “suministro confiable”. Tal vez sea por ello que en mayo de 2003 haya surgido una iniciativa según la cual PDVSA vendería a Estados Unidos, en condiciones ventajosas, petróleo destinado a la Reserva Estratégica de esa potencia. La operación se realizaría a través de una compañía privada llamada Free Market Petroleum, aparentemente apoyada por el influyente “lobbyista” y ex legislador norteamericano Jack Kemp (*EU*, 03.05.2003; *The Wall Street Journal*, 03.06.2003).

Sea ello como fuere, no cabe duda de que la política exterior venezolana ha llegado a combinar un discurso teórico agresivamente revo-

lucionario, con una conducta que complace y reasegura a los grandes intereses económicos y estratégicos del mundo desarrollado.

Bibliografía

- Area, Leandro/Márquez, Pompeyo (1994): *Venezuela y Colombia; política e integración*. Caracas: Panapo.
- Betancourt, Rómulo (1967a): *Venezuela, Política y Petróleo* (segunda edición). Caracas: Ed. Senderos.
- (1967b): *Hacia América Latina Democrática e Integrada* (Prólogo de Mariano Picón-Salas). Caracas: Ed. Senderos.
- Boersner, Demetrio (1982): *Venezuela y el Caribe; Presencia Cambiante*. Caracas: Monte Ávila.
- (1983a): “Centroamérica y el Caribe como Zona de Presencia Venezolana”. En: *La Agenda de la Política Exterior de Venezuela*. Caracas: Instituto de Estudios Políticos, UCV, pp. 163-187.
- (1983b): “Venezuela”. En: Drekonja K., Gerhard/Tokatlian, Juan G. (eds.): *Teoría y Práctica de la Política Exterior Latinoamericana*. Bogotá: Fescol/CEREC, pp. 397-415
- (1983c): “Cuba and Venezuela: Liberal and Conservative Possibilities”. En: Levine, Barry B. (ed.): *The New Cuban Presence in the Caribbean*. Boulder, Colorado: Westview Press, pp. 91-105.
- (1984): “Venezuelan Policies Toward Central America”. En: Grabendorff, Wolf/Krumwiede, Heinrich-W./Todt, Joerg (eds.): *Political Change in Central America; Internal and External Dimensions*. Boulder/London: Westview Press, pp. 245-260.
- (1996): *Relaciones Internacionales de América Latina; breve historia* (quinta edición, revisada y actualizada). Caracas: Nueva Sociedad.
- Bond, Robert D. (ed.) (1977): *Contemporary Venezuela and its Role in International Affairs*. New York: Council of Foreign Relations, New York University Press.
- Caballero, Manuel (2000): *La Gestación de Hugo Chávez; cuarenta años de luces y sombras en la democracia venezolana*. Madrid: Libros de la Catarata.
- Caldera, Rafael (1973): *La Solidaridad Pluralista de América Latina*. Caracas: Oficina Central de Información (OCI).
- Calvani, Arístides (1979): “Política Internacional en el Último Medio Siglo”. En: Velásquez, Ramón J., et al.: *Venezuela Moderna. Medio siglo de historia 1926-1976*. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza/Ed. Ariel, pp. 435-531.
- Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, 1999*. Caracas: Asamblea Nacional Constituyente.
- Constitución de la República de Venezuela y Disposiciones Transitorias, promulgada por el Congreso Nacional el 23 de enero de 1961*. Caracas: Distribuidora Escolar, S.A.

- Couto e Silva, Golbery do aviones anti-drogas de los Estados Unidos 1978): *Geopolítica del Brasil*. México, D.F.: El Cid Ed.
- Follain, John (1998): *Jackal; the Secret Wars of Carlos the Jackal*. London: Orion Books.
- Frankel, Benjamin A. (1977): *Venezuela y los Estados Unidos 1810-1888*. Caracas: Fundación John Boulton.
- Garrido, Alberto (2000): *La Historia Secreta de la Revolución Bolivariana*. Caracas: Ediciones del Autor.
- (2003): *Guerrilla y Revolución Bolivariana. Documentos*. Caracas: Ediciones del Autor.
- Ghanem, Shukri M. (1986): *OPEC, the Rise and Fall of an Exclusive Club*. London/New York/Sydney: KPI.
- Gott, Richard (2000): *In the Shadow of the Liberator: Chávez and the Transformation of Venezuela*. London/New York: Verso.
- Instituto de Estudios Internacionales (ed.) (1986): *Venezuela en las Naciones Unidas 1945-1985*. Caracas: MRE.
- Lemoine, Maurice (2002): “Dans les laboratoires du mensonge au Venezuela”. En: *Le Monde Diplomatique*. Aout, pp. 16-17.
- Lista de Cancilleres de la República de Venezuela 1830-1992* (1993). Caracas: MRE.
- OPEP, Veinte Años de Soberanía* (1981). Caracas: Ministerio de Energía y Minas (MEM).
- Petkoff, Teodoro (2000): *La Venezuela de Chávez, Una Segunda Opinión*. Caracas: Grijalbo.
- Picón, Delia (1995): *Acuerdos Bilaterales de Venezuela*. Caracas: Editorial Arte.
- Pifano, Álvarez (ed.) (1973): *Manual de los Tratados Bilaterales de Venezuela 1811-1972*. Caracas: Ministerio de Relaciones Exteriores (MRE).
- Portillo, Julio (1983): *Venezuela-Brasil, Relaciones Diplomáticas 1842-1982*. Caracas: Editorial Arte.
- Ramonet, Ignacio (2002): “Crime parfait”. En: *Monde diplomatique*, Juin, p. 1.
- Rojas, Armando (1965): *Los Creadores de la Diplomacia Venezolana*. Caracas: Editorial Arte.
- (1979): *Historia de las Relaciones Diplomáticas entre Venezuela y los Estados Unidos: I: 1810-1899*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.
- Salcedo-Bastardo, José Luis (1977): *Historia Fundamental de Venezuela*. Caracas: Fundación Gran Mariscal de Ayacucho.
- Serbín, Andrés (1983): *Geopolítica de las Relaciones de Venezuela con el Caribe*. Caracas: Asovac.
- (ed.) (1987): *Venezuela y las Relaciones Internacionales en la Cuenca del Caribe*. Caracas: ILDIS/Aveca.
- Strauss K., Rafael A. (1993): *El Tiempo Prehispánico de Venezuela*. Caracas: Grijalbo S.A.
- Toro Hardy, Alfredo (1984): *¿Para Qué Una Política Exterior?* Caracas: Ediciones Ateneo.

- (1993): “La política exterior durante los últimos quince años”. En: Cunill Grau, Pedro, et al.: *Venezuela Contemporánea 1974-1989*. Caracas: Grijalbo S.A., pp. 249-322.

Periódicos, revistas y agencias noticiosas citadas

Agencias noticiosas

ANSA

DPA

EFE

Reuter

Revistas

Der Spiegel, Hamburg

Le Monde diplomatique, Paris

The Economist, London

Zeta, Caracas

Diarios

El Globo (EG), Caracas

El Nacional (EN), Caracas

El País (EP), Madrid

El Universal (EU), Caracas

La Razón (LR), Caracas

Primicia, Caracas

The Guardian, London

The Wall Street Journal, New York